



Seix Barral

Aurora Tamigio

El apellido de las mujeres





Seix Barral Biblioteca Formentor

Aurora Tamigio

El apellido de las mujeres

Traducción del italiano por
Isabel González-Gallarza

Título original: *Il cognome delle donne*

© Aurora Tamigio, 2023

Copyright arranged with Vicki Satlow Literary Agency

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Este libro ha sido traducido gracias a una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación Internacional italiano

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione Internazionale italiano

Primera edición: marzo de 2025

ISBN: 978-84-322-4452-0

Depósito legal: B. 3.527-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

LA LEY DE LOS HOMBRES

El padre de Rosa, Pippo Romito, solía decir en dialecto siciliano que «una mujer es como una campana: si no la sacudes, no suena». Y, desde que Rosa era lo bastante mayor, no había hecho más que sacudirla, a ella y a su madre. Cuando, a una edad demasiado temprana, esta murió —no solo por los golpes del marido, sino también por las enfermedades y la mala suerte—, solo quedó Rosa a quien sacudir. También sus hermanos recibían lo suyo, pero menos; quizá porque nunca se rebelaban, o porque eran varones y les hacía menos daño.

Una vez, Rosa le preguntó a su hermano Nino por qué Pippo Romito les pegaba siempre, y este contestó que así era la ley de los hombres: los padres mandaban y los hijos obedecían, hasta que los varones llegaban a ser padres a su vez y las mujeres aprendían a comportarse. Esta fue toda la explicación que Rosa obtuvo de un varón de la familia. Probó a preguntárselo a Cecco, su hermano mayor, y él también le dio un bofetón.

Una única vez le hizo Rosa una pregunta a su señor padre: si no podía salir ella también alguna vez sola, como sus hermanos. Le habría gustado ir a comprarse una *cassatella**

* Dulce típico de la gastronomía siciliana que consiste en una especie de empanadilla dulce rellena de requesón de oveja. (*Esta y todas las notas son de la traductora.*)

frita después de misa y comérsela a la orilla del torrente, con los pies en el agua y los cernícalos volando sobre su cabeza; volvería a tiempo para preparar el almuerzo del domingo —eso estaba asegurado—, solo quería respirar un poco de libertad. Solo por hablarle de esa manera, Pippo Romito le dio tal paliza que estuvo en cama una semana.

—Mientras yo viva o mientras el mundo no se ponga del revés, en esta casa mando yo y tú obedeces. Y no al contrario. ¿Estamos?

El médico de cabecera, el doctor Russo, fue a comprobar si Rosa tenía algún hueso roto. Recomendó que la niña tomara leche, pan y miel para recuperar fuerzas.

—Tiene solo una hija, maestro Pippo. Trátela con cariño, ¿no? Ya verá, cuando se haga viejo, qué bien le viene tener cerca a Rosina.

Había dos cosas que a Pippo Romito lo enfurecían más que nada en el mundo: pensar que se hacía viejo y que le dijeran cómo tenía que hacer las cosas. Además, a sus trece años, Rosa se estaba haciendo mujer, y a su padre no le parecía decente que la visitara un médico varón. De modo que despidieron al doctor Russo, le dieron sus tres garrafas de aceite y para casa. En su lugar, Pippo Romito hizo venir a Gaetana Rizzo, a la que todos llamaban la Médica, porque sabía hacer las cosas de los doctores y encima solo cobraba una garrafa.

Siempre a distancia, Rosa la había observado pasear por el pueblo, entre un frufú de faldas oscuras y de chales, con los rosarios balanceándose bajo el velo negro que le cubría la cabeza y media cara. Decían que era calva, que no tenía meñiques y que era una bruja. La primera vez que la vio entrar en casa, Rosa se tapó con la sábana hasta la nariz, dejando fuera solo los ojos para seguir con cautela los pasos de la Médica por la cocina. Parecía que no tocara el suelo con los pies, como si hubiera un dedo de aire entre la falda y el piso. Mientras hablaba con su padre, miraba al suelo y se sujetaba el velo bien apretado debajo de la barbilla con una mano enguantada: solo asomaba la punta de la nariz y parte de la

frente. A cada orden de Pippo Romito, hacía un gesto de asentimiento sin decir nada; o, al menos, hablaba tan bajo que Rosa no la oía desde la cama. Pippo Romito contaba con que la Médica supiera estarse calladita —ay de ella si chismorreaba en el pueblo lo que pasaba en su casa—, pero sabría mostrarse generoso con sus servicios. La Médica tendría permiso para entrar y salir las veces que le diera la gana, para coger los huevos de las gallinas y las verduras del huerto, con las que preparaba ungüentos y brebajes para Rosa. La recompensaría si, antes de irse, hacía las camas, barría el suelo y dejaba preparado algo de comer.

La primera vez que la Médica se acercó a su cama, Rosa temblaba de pies a cabeza: sus hermanos le habían dicho que la cesta de la bruja estaba llena de sanguijuelas, listas para pegarse a su piel y chuparle los moretones, pero también toda la sangre que tenía en el cuerpo. La Médica quitó la sábana que la cubría. Rosa estaba preparada para arañar y morder, y evitar así que le pegara los bichos; pero se le fue toda la audacia cuando, al apartarse la Médica el velo negro, ante ella apareció una cara ni joven ni vieja, de piel cetrina, con los pómulos como naranjas y los ojos oscuros. Una cara de mujer, vamos, y no de bruja. Sí que tenía pelo, y mucho, recogido en una trenza que le llegaba a la cintura. Bajo los chales, que la Médica se quitó para moverse con comodidad alrededor de Rosa, surgió un cuerpo vigoroso.

Era cierto, sin embargo, que no tenía meñiques.

—Incorpórate.

Rosa gritó cuando, con un gesto seco, la Médica le re-colocó el hueso del hombro. En la cesta de mimbre no tenía gusanos ni insectos, sino trozos de tela limpia y mezclas de hierbas que le aplicó sobre los moretones y con las que le limpió las heridas abiertas.

—La próxima vez, tienes que volverle la espalda. Cuando tu padre te sacuda, le vuelves la espalda y te tapas la cara: basta una marca para que ya no te quiera nadie. Hazme caso si quieres encontrar marido.

Desde ese día, la Médica volvió más veces, aunque no eran ya muchas las ocasiones en que Pippo Romito conseguía postrar a Rosa en cama de una paliza: cada día se hacía más viejo y se le veía más cansado, mientras su hija crecía esbelta y fuerte como una lagartija y se le escurría hábilmente entre las manos. A veces, sin embargo, Rosa se dejaba atrapar, porque, si no, Pippo Romito no se desahogaba nunca y acababa destrozando los muebles de la casa o emprendiéndola contra las gallinas detrás de la era, y eso era peor, porque entonces se quedaban sin sillas y sin huevos. Durante uno de estos enfrentamientos, Rosa cayó de bruces al suelo y empezó a manarle tanta sangre de la ceja que se desmayó. Su padre mandó a Cecco que trajera corriendo a la Médica. Para cicatrizarle las heridas, esta empleó un brebaje a base de una planta llamada hierba de Santa María mezclada con clara de huevo; para despertarla del golpe en la cabeza, le sopló pimienta e incienso debajo de la nariz. Rosa, que ya conocía la habilidad de la Médica para cerrar las heridas, cortar las hemorragias y desinflamar las contusiones, volvió en sí llena de curiosidad: señalando las pastillas de jabón de la cesta, preguntaba sin parar: «¿Eso para qué sirve?, ¿cómo se usa eso de ahí?, ¿y eso de dónde lo saca?». La Médica respondía con la precisión de una científica, quizá por simpatía hacia Rosa o porque se había cansado de ser la única bruja del pueblo.

Al cabo de un tiempo, Rosa era capaz de preparar ella sola la mayor parte de las medicinas que la ayudaban a curarse. Eneldo, tomillo y limón para desinflamar los moretones; una noche de compresas de arcilla para mitigar el dolor de huesos; infusiones de anís para el dolor de estómago y el agua de hervir patatas para la diarrea. Sus hermanos, que sufrían de malas digestiones, apreciaban sus remedios. Lo que le cambió la vida, sin embargo, fue descubrir la raíz de valeriana: en infusión con semillas de amapola le daba al caldo un sabor delicioso y sumía a Pippo Romito en un sueño profundo.

Rosa nunca llegó a saber nada de la vida de la Médica: se atrevió a pedirle que le enseñara las hierbas, pero nunca le

preguntó dónde dormía, si tenía hijos, por quién vestía de luto y cómo se ganaba la vida cuando nadie estaba malo. En el otoño de 1922, la Médica enfermó: el doctor Russo no quiso ir a visitarla y, tras una semana de fiebre alta, con las amígdalas como melones y los pulmones en llamas, la Médica murió, sola como un perro. El párroco no le concedió la extremaunción. La sacaron de su camastro de paja, vestida ya de negro, y la enterraron fuera del pueblo, frente al encinar. Cuando se enteró, Rosa le hizo una cruz trenzando unas ramas secas.

Llevaba un tiempo sin emplear ungüentos ni pociones. Estaba demasiado ocupada: además de limpiar, cocinar e ir al mercado, también era tarea suya transportar los pesados cubos que llenaba de agua en el torrente. Cuando llegaba a la puerta de casa, con la espalda doblada y las palmas de las manos magulladas por las asas de los cubos, sus hermanos se burlaban de ella.

—¿Los traes de uno en uno, Rosina? A este paso, como mucho podremos regar las serbas —decía Cecco.

Y Nino le seguía el juego:

—Nos vendría mejor tener un burro.

En el pueblo, acarrear el agua era tarea de mujeres. Una vieja viuda, Cecca 'Ntamata,* así llamada porque cojeaba de una pierna, empleaba la jornada entera en esta operación. Un buen día, Rosa se hartó de asistir a ese espectáculo: se levantó al alba y, antes de ponerse con sus propios cubos, ya había llevado a casa de Cecca 'Ntamata tres palanganas llenas hasta arriba. La viuda casi lloró de emoción por su amabilidad, pues hijos varones había tenido cuatro —tres habían muerto de enfermedad y uno en la batalla del Piave—, pero ninguna hija. Le estaba muy agradecida a Rosa y, cuando le llevaba el agua a casa, le regalaba dos liras con la efigie del rey. La primera vez que Rosa tuvo dinero de verdad en mano, por poco se desmayaba de la emoción. Pero se contuvo y respondió con respeto:

—No puedo aceptarlo, señora.

* En dialecto siciliano, *'ntamatu/a* significa «torpe».

Esta le cerró los dedos sobre las moneditas.

—Quédatelas. Y cuida que no te las quiten tus hermanos.

Rosa caminó hasta el pueblo de al lado y después al de más allá, donde nadie la conocía, guiada por el aroma del pan recién sacado del horno, las pastas y los dulces fritos rellenos de requesón. Con las dos liras de Cecca 'Ntamata se compró una *cassatella* y la saboreó junto a la orilla como lo habría hecho un gato callejero: a mordisquitos y lametones.

En la primavera de 1925, cuando Rosa tenía dieciséis años, conoció a Sebastiano Quaranta. Los campesinos bajaban hasta el valle desde los pueblos de la montaña para vender queso, animales y hortalizas. Bastiano iba con un carro lleno de acelgas, endivias, judías verdes y lechugas. Tiraban de él dos burros tan viejos que parecía que fueran a caer muertos de un momento a otro. Aunque llevaba un feo sombrero de paja deformado y harapos de gañán, tan viejos como sus burros, no tenía el típico aspecto de paleta de montaña: era flaco, de piernas y brazos largos y dedos finos. Sus facciones angulosas y su nariz afilada de pico de loro parecían talladas con hacha en el tronco de un plátano; en ese rostro áspero uno no esperaría encontrar unos ojos tan grandes, negros y brillantes, que recordaban a los de los caballos muy viejos. Aunque su semblante parecía melancólico, en realidad era alegre como un jilguero: a los niños que pasaban por su lado les dedicaba melodías con briznas de hierba, de las que era capaz de sacar un sonido semejante al de una armónica poniéndoselas muy estiradas sobre los labios. Y estas melodías, hechas de silbidos y pedorretas, hacían reír a los chiquillos y sonreír a las mujeres con las que se cruzaba.

Al acabar el mercado, junto a sus viejos burros Sebastiano Quaranta se llevó también consigo a Rosa. Nadie sabía cómo se habían conocido. La mayor parte de la gente del pueblo ni siquiera los había visto hablar. Otros sostenían que la hija de Pippo Romito estaba deseando librarse de su padre pegándole un tiro en el pecho, y que se lo tenía bien

merecido después de matarla de hambre y molerla a palos toda la vida. Fuera como fuese, Pippo Romito buscó a su hija por todas partes con Cecco y Nino, hasta treparon a la cima de la montaña. Pero ni allí ni en el valle encontró a nadie dispuesto a decirle dónde estaba su hija.

La fuga había sido idea de Rosa. Sebastiano quería presentarse a la familia, pedirla en matrimonio como Dios manda y casarse con ella en la iglesia de su pueblo. Y, si Rosa quería, podían incluso vivir cerca de la casa de su padre. Pero ella le propuso fugarse sin más. Un mechón rubio le tapaba la ceja que, pese a que la Médica se la había curado con la hierba de Santa María, se le había quedado partida en dos.

—Mi señor padre se ha quedado con un trozo de mi cabeza, no hace falta que te arranque a ti también la tuya.

Bastiano le dijo que no le daba miedo, que tenía una escopeta de perdigones y sabía cómo usarla. Rosa no quería ni oír hablar de eso y, las cosas como son, no lo veía capaz de disparar a nadie, así que se fugaron juntos. La solución más fácil para Bastiano habría sido llevarse a Rosa enseguida a su pueblo en las montañas: estaba a una jornada en carro, y allí poseía tierras y una pequeña casa de labor; era un hombre respetado. Pero Rosa no tardó en darse cuenta de que Bastiano no era persona de hacer las cosas como se espera y, aun a costa de suscitar burlas y mofas, en lugar de optar por lo más fácil, prefería hacer lo que le viniera en gana. Rosa tenía que llegar al pueblo de Bastiano en calidad de esposa, no como la chiquilla a la que había raptado en el valle.

Subiendo por la ladera este de la montaña, en la carretera que pasaba por los pueblos, había una iglesia en medio de un prado de flores silvestres. Sebastiano y Rosa emprendieron camino en carro al ponerse el sol y llegaron al cabo de unas horas de viaje. La iglesia, dedicada a san Jerónimo, era minúscula; solo paraban allí los campesinos de las montañas a su regreso de los valles para confesar los pecados cometidos en el mercado. Era una construcción de piedra blanca, con una fachada estrecha y alta, decorada con un rosetón central y

sendas molduras que remataban los laterales. Por las noches cerraban el portón con cerrojo. Bastiano le propuso tumbarse a dormir en el carro, a la espera de que a primera hora de la mañana los casara el párroco.

Pasaron la noche sobre la madera dura del carro, sin dormir. Mientras Sebastiano la miraba fijamente, a Rosa se le escapó una sonrisa.

—¿Siempre tienes los ojos tan abiertos? —le preguntó ella.

—No siempre. Depende de lo que esté mirando.

Esa noche, Rosa tomó una decisión: o pasar el resto de su vida junto a Sebastiano Quaranta o morir.

El párroco los casó al día siguiente, sin hacer preguntas, porque era hombre de pocas palabras y porque Bastiano había donado a la iglesia parte de sus ganancias en el mercado. Firmaron como testigos la sacristana y un pastor que pasaba por allí. Era el 15 de junio de 1925. Rosa estaba segura de que, tarde o temprano, su padre y sus hermanos se lo harían pagar. Pero se equivocaba: nadie la obligó nunca a volver a su pueblo. Se mudó a San Remo a Castellazzo, donde tenía sus tierras Bastiano. Años después, Rosa se enteró de que su hermano Nino había muerto aplastado por un carro, mientras que Cecco había emigrado a América. Pippo Romito había dejado de buscarla.

Sebastiano Quaranta no tenía padre, madre ni hermanas, por lo que Rosa había dado con el único hombre del mundo que no sabía golpear a una mujer. Tuvo que acostumbrarse a esta novedad, como a todo lo demás. Llevaban un par de semanas casados cuando, una tarde, al coger una jarra de lo alto de un estante, a Rosa se le cayó la mitad de los platos al suelo. Sebastiano llegó hasta ella en dos zancadas, con la idea de cogerlos al vuelo. Rosa se acurrucó, tapándose el rostro con las manos como le había enseñado la Médica. Las primeras veces, Bastiano se entristecía, como si los golpes los hubiera recibido él de su mujer, pero con el tiempo acabó por acos-

tumbrarse: se quedaba inmóvil, mirando al vacío con sus grandes ojos equinos, y esperaba a que Rosa recordara en qué casa y con qué hombre vivía. Así sería todo entre ellos: una cuestión de costumbre. Como la primera vez que compartieron cama. Rosa pensaba que los hombres llegaban al matrimonio instruidos en esas cosas y que a las mujeres solo les tocaba quedarse quietas. Su marido, sin embargo, era una excepción: no sabía nada del tema, ni siquiera parecía dueño de su propio cuerpo. La primera noche, Rosa se durmió con la idea de que, de haber sabido que tocaba hacer eso todas las noches, lo habría pensado dos veces antes de casarse. Pero la noche siguiente fue algo mejor y, al cabo de unas cuantas noches más, se dio cuenta de que la tarea no le disgustaba del todo. Una vez se hubo acostumbrado a eso también, Rosa estaba impaciente porque se pusiera el sol y llegara el momento de la cena y lo que ocurría después. Se pasaba el día pensando en eso, mientras Sebastiano trabajaba en el campo y ella se quedaba arreglando el huerto, cuidando de los animales y preparando la comida. Pensaba en eso desde que se despertaba con la luz del alba y, mirando la espalda de su marido en la cama, la idea del largo día que habrían de pasar separados se le hacía insoportable. A veces se acercaba a Bastiano cuando aún dormía, y, tocándolo ya, lo miraba abrir los ojos al sol de la mañana.

Y al cabo de nueve meses nació Fernando Quaranta: vino al mundo con los ojos abiertos, negros como los de su padre. Cuando aún era un niño de pecho, Bastiano fue a decirle a Rosa que estaba harto de ser campesino y que se le había ocurrido una idea nueva. En el pueblo había un granero de dos plantas pendiente de reforma. Bastiano se lo enseñó a su mujer y a Nando, que se chupaba el dedo en brazos de su madre.

—Si vendo las tierras y lo reformamos, podemos convertirlo en un mesón donde la gente venga a comer y a beber. ¿Te apetece que abramos un negocio así? Tú solo tendrías que cocinar, del resto me ocupo yo.

Rosa, que no era tonta, se daba perfecta cuenta de que

cocinar era la parte más cansada de regentar un mesón. Pero pensó que para ella tampoco cambiaría tanto la cosa: ya entonces, todo lo que hacía era cocinar y ocuparse de la casa. Sería como llevar una casa, solo que más grande y con más comensales. Y así fue como su marido y ella fueron los primeros en abrir un mesón en San Remo a Castellazzo.

Pasadas las primeras semanas, Rosa estaba convencida de que cocinar era la parte más cansada del trabajo, pero no la más difícil. Tuvo que aprender también a hacer muchas otras cosas, visto que a Sebastiano no se le daba muy bien ser mesonero. Era alegre, eso sí, y tocaba la armónica como un músico profesional. Pero Rosa tenía que cocinar, ordenar, limpiar y, por si eso fuera poco, tratar con los campesinos, que les proveían de huevos, leche y hortalizas. Además de eso, cortaba la leña y pagaba a los obreros que colocaban las vigas del tejado. Pero no se quejaba: le gustaba ese sitio, le había gustado nada más verlo y, por primera vez en su vida, todo el mundo le tenía respeto. Hombres y mujeres. En efecto, no tardó en correr la voz por los cuatro pueblos de la montaña: si uno pasaba por San Remo a Castellazzo, tenía que parar a comer donde Bastiano y Rosa, su mujer. Carne no, claro, eso era solo para la gente con dinero. Pero Sebastiano Quaranta juraba por su nombre y el de su mujer que nadie saldría de allí sin haber probado bocado.

El antiguo granero que había dado origen al mesón tenía una ancha sala con las paredes de cal, techo de vigas de madera y suelo de baldosas, que Sebastiano había colocado con paciencia una tras otra. Delante de la puerta principal, Rosa plantó una glicinia: a los pocos años, rodeaban la entrada espirales verdes y flores violetas. El negocio no tenía rótulo, pero no importaba: en los pueblos casi nadie sabía leer. El propio Sebastiano firmaba con una «X», y a Rosa se le daban mejor los números que las letras. Pero no había equivocación posible: el suyo era el único mesón de los cuatro pueblos. Pegadas a las paredes, a fin de dejar sitio en medio para moverse, había mesas de madera de olivo con manteles de cua-

dros; en los bancos cabían holgadamente tres personas por cada lado. La cocina estaba al fondo de la sala, y en el fogón encendido había siempre una olla con sopa o un conejo entero asándose en el espetón. Rosa preparaba el pollo hervido, para que durase más, y la ternera también la prefería estofada, para poder aprovechar el morro y las manitas. Con el resto hacía salchichas y embutidos que colgaba abajo en la bodega, donde guardaba el vino que le traían de los pueblos vecinos: el de San Quirino y de Santa Anastasia para diario, el de San Benedetto al Monte Cenere para los clientes que querían algo especial. En verano, Rosa preparaba pasta con *tenerumi*,* flores de calabacín rebozadas y tartas frescas de leche y huevos, que saciaban mejor que una pierna de cochinillo.

Rosa, Sebastiano y Fernando vivían en la buhardilla encima del mesón: dos habitaciones con suelo de madera a las que se accedía por una escalerita de piedra situada en la parte trasera. Eran espacios pensados para almacenar el heno y crujían, atravesados por corrientes de aire, pero aun así Rosa estaba impaciente por cerrar el mesón para meterse bajo las sábanas con su marido. Al año de abrir el negocio, nació Donato Quaranta, sin molestar a nadie: a Rosa le bastó con tres empujones para traerlo al mundo. Y, como ya tenía dos hijos varones, un marido y un trabajo, decidió tener una hija. Estaba tan convencida que, una noche, le dijo a Sebastiano Quaranta que no le importaba seguir trayendo varones al mundo hasta que por fin llegara su niña. El pobre Sebastiano se preocupó: el mesón les daba de comer a todos, sí, pero tampoco es que fuera una mina de plata. Para demostrarle que no hacía falta oro ni plata para la niña que iba a nacer, Rosa empezó a ahorrar para su hija todas las monedas que llegaban a las arcas del mesón. Pero, como los campesinos y los chatarreros preferían pagar en especie, dinero de verdad llegaba muy poco; apenas tenía tiempo Sebastiano de verle el

* Hojas tiernas de calabacín.

brillo, que ya Rosa lo guardaba en un lugar secreto que solo ella conocía.

—Solo mi hija sabrá dónde están las monedas, para que nadie se las pueda quitar.

Sebastiano no sabía si reír o mortificarse por esa desconfianza declarada de Rosa, tan afianzada en ella como la certeza de que, tarde o temprano, la hija en cuestión llegaría. Con todo, él también gritó de alegría cuando, una mañana de mediados de marzo, cuatro años después del segundo varón, nació su niña. Selma Quaranta salió del vientre materno sin apenas llanto, tanto es así que las mujeres que rodeaban el lecho de Rosa se preguntaron si era muda. Pero Selma no era muda, era solo una niña que nacía en una casa llena de hombres y que aún no sabía si podía respirar y cuánto. Su madre dejó pronto bien claro que la niña era cosa suya y que nadie más que ella debía amamantarla. Echó a toda la cohorte de mujeres que la rodeaban: quería estar a solas con su hija. Aunque tenía que ocuparse del mesón y de sus otros hijos, aún pequeños, Rosa se quedó una semana en la cama con Selma: cuando no la tenía agarrada al pecho, la tumbaba a su lado y le hablaba sin parar. Al final, tras muchos ruegos y súplicas de Bastiano, se decidió a sacar a la niña de la habitación para enseñársela a todo el pueblo, reunido abajo en el mesón: pero bastaba que alguien le pidiera que se la dejara coger en brazos o le hiciera a Selma un cumplido de más para que Rosa la apretara celosa contra su pecho.

—Ya basta, que me la gastáis.

Tal vez lo decía de broma o tal vez no.

En cuanto crecieron lo suficiente, Rosa dejó claro a sus tres hijos que debían ayudar en el mesón: de ahí venía el pan de toda la familia, y en su casa no habría siervos ni sirvientes. Fernando recogía, pues, las mesas, Donato llevaba el agua en las jarras de barro y Selma barría el suelo y ayudaba a desplumar los pollos. En esas mismas mesas, una vez limpias y ordenadas, hacían los deberes de Matemáticas y estudiaban los ríos

de Italia. Si por Sebastiano hubiera sido, al terminar segundo, Fernando habría dejado la escuela para aprender un oficio y así ya no habrían tenido que pagar a obreros ni albañiles; pero Rosa había decidido que sus tres hijos no solo sabrían contar y estampar su firma, sino que obtendrían el diploma de la escuela primaria. Y así fue. Primero Nando, seguido de Donato y, al fin, Selma. Cuando no estaban estudiando, los mandaba a jugar al patio, bajo la glicinia fragante.

Con ellos mandaba también a Sebastiano Quaranta, pues, si pasaba demasiado tiempo entre cuatro paredes, acababa más nervioso aún que los niños. Aunque la idea del mesón había sido suya, seguía siendo un hombre de campo y necesitaba estar todo el tiempo al aire libre. Ayudaba poco en la sala y casi nunca se lo veía en la cocina: pero arreglaba los canalones, tapaba los hormigueros, iba por leña y por agua al torrente y se ocupaba de cualquier otra tarea que se pudiera hacer fuera de casa. Ahora que el sol ya no le curtía la cara, parecía hasta más joven: sin ser Rodolfo Valentino, había en su aspecto una gentileza que desentonaba con las caras toscas que se veían en los cuatro pueblos. Rosa estaba segura de que, con un buen traje y una educación, habría pasado por un gran señor. Y, como para lo segundo ya era demasiado tarde, le encargó a la modista un traje de rayas de lana fría para Sebastiano y un vestido azul de rayitas blancas para ella. Cuando estrenaron la ropa el domingo en misa, todo el pueblo se paró a observarlos, admirado, y Bastiano le pidió al fotógrafo Francavilla que les hiciera una foto con los niños y otra los dos solos. Nunca tendrían una del día de su boda, pero con esa valía.

A los hijos de Sebastiano Quaranta no les importaba cómo vistiera su padre: bastaba con que apareciera en el patio para que interrumpieran lo que estuvieran haciendo y lo siguieran, como las ratas al flautista del cuento. Fernando y Donato dejaban a un lado sus canicas, y Selma, su muñeca, para colgarse de los pantalones de su padre. Rosa le envidiaría siempre esa capacidad suya para conseguir que la gente lo siguiera al fin

del mundo, sin necesidad de insistir ni de pedirlo siquiera. Ella sabía reunir a sus hijos, gruñendo como hace el perro con el rebaño, pero el único pastor era Sebastiano.

De sus paseos por los pueblos de alrededor volvía siempre con algo que compraba a los chatarreros. Una vez se presentó con una radio: era una caja de madera de nogal que se encendía y se apagaba con una manivela. Llegaron así a su casa los seriales dramáticos y las historias que tanto gustaban a niños y a mayores. Llegó también la música: si por Sebastiano hubiera sido, se habrían pasado todo el día escuchándola. En algunos momentos se quedaba muy quieto, con los ojos cerrados, cautivado por las notas; otras veces, insistía en que Rosa dejase lo que estuviera haciendo y bailara la mazurca con él. Al cabo de un tiempo, llegaron también los comunicados y los discursos a la Nación, ya no en dialecto, sino en italiano, y en lo que aseguraba que era alemán. Fue precisamente esa radio, comprada por cuatro perras al chatarrero de San Benedetto al Monte Cenere, la que anunció que había estallado otra guerra.

Rosa estaba troceando la escarola a mano, con tanto brío que se cortó todos los dedos con los tallos ásperos de tierra.

—¿Por qué te preocupas por la guerra? —le preguntó su marido en septiembre de 1940.

Sebastiano se reía, rascándose la cabeza por debajo del sombrero.

—La guerra la hacen los hombres, tú puedes quedarte aquí tranquila.

Pero si Rosa se preocupaba, era precisamente porque la guerra la hacían los hombres. Todos los días, sin decirle nada a Bastiano, iba a la plaza del ayuntamiento a comprobar que en las listas expuestas en la pared no estuviera el nombre de su marido. Durante un año entero, mientras a todos los demás los fueron llamando uno a uno, Sebastiano se quedó en casa. Quizá fuera demasiado viejo, o quizá el *duce* no necesitara para nada a un paleta músico. Quizá se hubieran olvidado de que, en un mesón perdido de los cuatro pueblos, había un tipo

llamado Sebastiano Quaranta. Durante un año entero, la guerra, que había entrado en San Remo y se había llevado al menos a un varón de cada familia, apenas rozó la casa de Rosa. Sin embargo, un día una criada se despertó empapada en sudor: había soñado con largas culebras negras. Ese día, después de misa, llegaron dos camionetas a la plaza del ayuntamiento y dejaron una nueva lista con los que tenían que presentarse a filas. El último nombre era el de su marido, que se llamaba Quaranta, con «Q».

La mañana en que se marchó, Rosa se despidió de él con una mueca enfurruñada y no quiso acompañarlo a coger el carro. La noche anterior habían discutido porque Bastiano se había negado a aceptar la idea de Rosa para escapar de la guerra: golpearse con el martillo dos dedos del pie y fingirse tullido. Lo hacían todos, al parecer, hasta el marido de la modista. Sebastiano primero se rio y, luego, al ver que su mujer iba en serio, se enfadó.

—¿Es que acaso soy un incapaz? Me voy, hago lo que tenga que hacer y vuelvo. Como todos.

—Tú no eres como todos, a ti te matan fijo.

—Vaya idea tienes de mí. Ahora que lo sé, me marchó un día antes.

Rosa lo oyó preparar sus cosas en silencio antes de que saliera el sol. Sebastiano no pensaba esperar a la congregación en el ayuntamiento, se presentaría en el cuartel de San Quirino con un día de antelación: así les evitaría a sus hijos las fanfarrias que celebraban a los valientes soldados italianos. Se sentó en la cama que compartían los dos hermanos y se despidió de uno y otro, susurrándoles frases que Rosa no oyó. Con Selma, que dormía destapada, se quedó unos minutos más. Al final, luchando contra el orgullo, Rosa se levantó de la cama: en la puerta de casa, Sebastiano la abrazó con fuerza. Su rostro de metal estaba tenso y sin embargo sonreía.

—No debes preocuparte. Las cosas peligrosas las hacen los soldados. A mí ya verás como me ponen a vigilar algún depósito de municiones o de escolta de un coronel. Además, todo el

mundo dice que esta guerra va a terminar pronto. Hazme caso, ¿alguna vez te he dicho yo algo que no fuera verdad?

Rosa lo creyó. Porque tenía razón: al final, lo que le decía Sebastiano siempre se cumplía. Esa mañana se quedó mirando la espalda de su marido, que, en lugar de estar donde tenía que estar, en la cama con ella, se alejaba hacia la calle sin asfaltar por donde pasaban los carros que iban a San Quirino. Su cuerpo pasó a ser un puntito en el fondo del camino hasta que desapareció.

Desde ese momento, Rosa empezó a esperarlo.